

## EL MAGISTERIO DE JACINTO OLAVE POR JUAN SAN MARTIN

He aquí uno de los aspectos poco o nada comentados de la vida artística y profesional del pintor eibarrés: su labor docente, su dedicación en la enseñanza del dibujo, del modelado y de otras tareas afines. Sobre todo del dibujo, hizo su principal cátedra, impartiendo su enseñanza desde los conocimientos necesarios para los diversos oficios artesanales de la villa armera hasta el de más amplios vuelos, como es el requerido para el ingreso en una escuela de bellas artes, el de unas oposiciones para profesor de dibujo o el de la iniciación en su mismo oficio de pintor.

Todos los buenos artistas han sido maestros de otros, y esto no podía ser una excepción en Jacinto Olave. Nuestro hombre, uno de los hijos ilustres que Eibar ha dado a la vida, es digno de ocupar un lugar privilegiado entre los que han contribuido a engrandecer su villa natal, pues Olave, maestro de tantas generaciones que aprendieron bajo su dirección y enseñanza, ayudó a elevar el tono artístico-cultural de la industriosa población guipuzcoana.

Su carácter humilde hizo que su fama no se extendiera por todo el país, pero al analizar su obra encontramos el más fiel testimonio para ensalzar la personalidad del gran pintor que fue Olave.

Aunque en su obra se observan influencias de la Escuela de San Fernando, logró una manera muy peculiar de pintar que le caracteriza y distingue con personalidad propia. Sus modos se ajustan más a ese período de transición con ciertas influencias parisinas importadas por algunos paisanos vascos.

Olave, pintor de trazos sueltos y amplios, en la ejecución de sus retratos se nos muestra con claras tendencias modernistas. No encaja del todo dentro del neoclásico que se desarrolló en la segunda mitad del siglo pasado. Más bien corresponde a ese movimiento que cristalizó en lo que más tarde vendría a llamarse escuela de pintura vasca.

Sus retratos son a la vez psicológicos. Cada personaje es fiel reflejo de su alma. Sus lienzos transpiran realismo. Hasta las manos de sus modelos son motivo de fuerte expresión que Olave, lejos de rehuir como algunos pintores, las busca para engrandecer la obra.

En temática, cuando Olave busca sus motivos, recurre al campo de la etnia vasca. Pinta lo que considera muy propio de la vida tradicional de su país, que en realidad corresponde a una de esas dos vertientes que caracterizan a la pintura vasca de principios de siglo, según manifestaciones de aquel maestro que destacó por su fina sensibilidad, Jesús Olasagasti. Pues la otra vertiente era —además de ciertas peculiaridades que aquellos pintores tenían en común— los conceptos estéticos y cromáticos, al margen del tema tratado. Y aquí es donde Olave apuntaba su modo de pintar hacia la escuela madrileña de San Fernando. Aunque, en ocasiones, muestra algunas influencias particulares por imperativos íntimos. Por ejemplo, un caso puede ser el autorretrato con sombrero, que evidencia una luz y un aire rembrandtinos. Son, indudablemente, impulsos del corazón del artista.

Imprimió sello propio en coloridos acertados, con delicadeza, sin disonancias: carmines violáceos en veladuras, usando poco las tierras y mucho los colores minerales. Hallaremos un colorido muy peculiar en sus violetas, amarillos y carmines, llevados al lienzo con extremada sensibilidad.

Pero volviendo a los años jóvenes de Olave, al retornar de Madrid, no quiso salir de su querida villa natal, por mucho que le insistiera Zuloaga, quien en más de una ocasión dijo que era merecedor de más amplios horizontes. Pero Olave, hombre serio y de vida ordenada, amigo de la sencillez, no gustaba de las ostentaciones. Pulcro en cada cometido, así en su pintura como en el vivir cotidiano, cartés y afable para las gentes, él quiso vivir lejos de toda especulación que a menudo arrastra a los artistas, en sus ansias de destacar, a toda clase de servidumbres y mercantilismos.

Olave, como antítesis de su conciudadano Zuloaga, se conformó con su labor callada, enamorado y entregado a la pintura y ejerciendo su magisterio como profesor de dibujo en las aulas municipales de su villa. Sin duda, para el bien de Eibar, ya que con él contó la villa con un maestro extraordinario, de quien tomaron base muchos de nuestros cinceladores (burilistas) del grabado, los damasquinadores y los diseñadores de la industria en general. No pocos de los pintores de la nueva generación fueron también discípulos suyos de dibujo.

Al mismo tiempo que el dibujo, enseñaba el modelado en barro y en cera. Además, en su Escuela de Dibujo empleaba como muestras varias cartulinas preparadas por él mismo al carbón, ya que no le satisfacían muchas de las láminas que consideraba vulgares, aunque edi-

tadas expresamente para fines docentes. Algunos discípulos guardan esas muestras que salieron de la mano de Olave.

Era exigente para sí y para sus alumnos, pero se hacía querer por éstos, que aún guardan un buen recuerdo del gran maestro.

No le gustaban las alumnas, porque, según él, no se concentraban en su tarea. Sin embargo, en las últimas generaciones de grabadoras hay muchas mujeres que recibieron sus enseñanzas, y la mujer la pintaba muy bien, como se puede observar a través de sus retratos.

Este artista tan querido por sus conciudadanos, feneció en Eibar el 9 de septiembre de 1957. Y en junio de 1958, por iniciativa del Club Deportivo de Eibar, siendo presidente de la sección artístico-cultural de dicha entidad el recientemente fallecido doctor Fernando Zuloaga, sobrino del pintor Ignacio, y actuando de secretario el que suscribe, se le tributó un homenaje póstumo bajo el patrocinio del ilustrísimo Ayuntamiento, con una exposición de sus obras en los salones municipales. Homenaje en la intimidad local, que resultó sencillo y hasta humilde, como la vida del homenajeado. Se le dedicó un folleto igualmente humilde con breves colaboraciones de Fernando Zuloaga, Carlos Ribera, Dionisio Azkue y Mauricio Flores Kaperotxipi.

A los diez años, en marzo de 1968, la Asociación Artística Vizcaína tuvo el buen acuerdo de dedicarle una interesante exposición antológica en la sala de exposiciones de la Caja de Ahorros Vizcaína, en conmemoración del décimo aniversario de su fallecimiento, y que fue presentada por Manuel Llano Gorostiza. Muchísimos tuvieron la dicha de descubrir al gran pintor eibarrés.